



COMPILACIÓN

CONCURSO DE CUENTO

UUGMM

CONCURSO DE CUENTO UCM

Compiladoras

Grisel Josefina Ramos Pineda
María Cristina Rosero Rojas

...

ISBN: 000000000000

Copyright©

Universidad Católica de Manizales

Editor: Carlos Manuel Varón Castañeda
Corrección de estilo: Alexander Monroy Henao
Diseño: Unidad de Marca UCM
Ilustración de portada: Freepik.es.

Universidad Católica de Manizales

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable o transmitida en ninguna forma por medios electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin la previa autorización por escrito del Centro Editorial de la Universidad Católica de Manizales. Los conceptos expresados de este documento son responsabilidad exclusiva de los autores y no necesariamente corresponden con los de la Universidad Católica de Manizales y da cumplimiento al Depósito Legal según lo establecido en la Ley 44 de 1993, los Decretos 460 del 16 de marzo de 1995, el 2150 de 1995, el 358 de 2000 y la Ley 1379 de 2010.

©Centro Editorial Universidad Católica de Manizales
Carrera 23 No. 60-63
<http://www.ucm.edu.co/centro-editorial/>
centroeditorialucm@ucm.edu.co
Hecho en Manizales, Caldas - Colombia

Enero de 2021



Universidad[®]
Católica
de Manizales

VIGILADA MINEDUCACIÓN

ce
centro editorial
Universidad Católica de Manizales

CONTENIDO

PRESENTACIÓN

EL CUENTO COMO REVELACIÓN Y PUNTO DE ARRANQUE

Miguel Alberto Páez Caro

Pág. 04

UN POCO NERVIOSO

Alejandro Ochoa Ladino

Pág. 06

UNA CUCHARADA DE TU PROPIA REALIDAD

Manuela Escobar

Pág. 09

EN PARALELO

John Fredy Henao Arias

Pág. 12

JURO POR DIOS

Andrés Elías Marín Rodríguez

Pág. 15

SOUNYA LA GITANA

Miguel Alberto Páez Caro

Pág. 17

POR DIOS, RICARDO

Miguel Alberto Páez Caro

Pág. 21

TRUE LOVE

Stephania Rendón Caro

Pág. 24

UN CAMINO EXTRAÑO

Esteban Timarán Martínez

Pág. 27

MR. POE

Miguel Alberto Páez Caro

Pág. 30

BELLEZA ALADA

Valentina Agudelo Buitrago

Pág. 34

En entrevista dada al periodista Osvaldo Ferrari, Borges afirmó que el cuento es una especie de revelación. Luego de aventurarse en esa afirmación, el escritor argentino se excusó aduciendo que resultaba muy atrevido decir que un cuento era una «revelación». Su argumento es que esa palabra tiene más afinidad con la teología. Aún contra la opinión de Borges, la historia de la literatura evidencia que los cuentos bien pueden ser revelaciones. Y que Borges es uno de los que mejor ha sabido transcribirlas al papel escrito.

Animados por esas revelaciones, como dijera Borges, los escritores se aventuran a transcribir lo que en un comienzo parece ser una simple intuición: una frase inicial, un final sombrío, un personaje metido en problemas. Con el avance de las líneas, la intuición toma la forma de una historia. Esta es, palabras más, la experiencia a la que se aventuran los cuentistas. Quizá muchos de los lectores hayan escuchado disertaciones de este tipo. Para otros sonará a idea novedosa. Lo cierto es que la escritura de ficción es un tema muy comentado y paradójicamente muy desconocido. Más aún, cada cuentista tiene su propia teoría al respecto. Lo que hace más valioso que un cuento termine por atraer la atención de otras personas.

Que un escritor pueda tener la revelación y pasarla al papel, representa un acto plausible. Lo otro es que se arriesgue a compartirlo a sus amigos y conocidos con la esperanza de un comentario. Un reto mayor es el de enviarlo a un concurso en el que esa revelación termina enfrentada a otras por llevarse un premio. Los escritores que han pasado por esta situación saben que la sensación de triunfo al ganar el concurso no solo obedece al hecho de quedarse con el primer puesto. La mayoría de las veces el triunfo se ha dado desde antes, cuando el escritor sintió que las palabras escritas se asemejaban a la revelación inicial. En estos casos, el premio es la continuación de un sentimiento que ya se había apoderado del escritor. Una aclaración más. Cuando se publica un cuento (cuando alguien lee un cuento), la revelación se vuelve colectiva. Es ahí donde sucede el milagro de la literatura: que las palabras se convierten en motivo de una emoción de carácter social.

Ese es uno de los grandes logros del Concurso de Cuento Corto de la UCM, abrir un espacio para que un grupo de personas se congregate alrededor de la palabra. Una fabulosa disculpa para el encuentro en el que deviene toda literatura. Así sucedió entre los hombres primitivos que habitaban las cavernas y en las historias relatadas por Homero o Sherezada. Así sigue sucediendo con escritores como García Márquez y, para no ir muy lejos, Octavio Escobar. Contadores de historias cuyas revelaciones siguen maravillando a los lectores. En todos los casos, los cuentos nos dan motivos para el encuentro y la admiración.

El presente libro recoge un conjunto de cuentos de escritores que se arriesgaron a compartir sus revelaciones transformadas en historias escritas, a la vez que se convierte en espacio para agradecer el esfuerzo que hace la universidad a través de la Unidad de Cultura, adscrita a la Vicerrectoría de Bienestar y Pastoral Universitaria, y la Biblioteca Hermana Josefina Núñez Gómez, adscrita a la Vicerrectoría Académica, por promover este tipo de actividades, dicha iniciativa abrió una oportunidad para hacer realidad el propósito colectivo de la literatura. Gracias a esa idea de congregar escritores, jurados y organizadores se cumplió una de las recomendaciones de Marie Paussepin: realizar actividades que le permitieran a sus hijas estar cerca de la gente, en especial de los jóvenes.

Hablar de Concurso de Cuento Corto es hablar de «encuentro». Existen datos que lo confirman. Durante los cuatro años del concurso se han inscrito aproximadamente cien escritores. 25 en el primer año, 14 en el segundo, 18 en el tercero y 28 en el cuarto. 2019 ha sido el de mayor participación, con 28 cuentos inscritos, de los cuales tres estaban escritos en inglés. Las mujeres, representadas por Valentina Agudelo (2016) y Manuela Escobar Díaz y Stephanía Rendón Caro (2019), ejercen dominio entre los ganadores del concurso. Un dato notable es que no solo se inscriben estudiantes, sino que un buen porcentaje de los participantes son funcionarios y egresados¹. Lo que indica que alrededor de la literatura se han congregado la pasión y la diversidad, dos elementos que bien podrían servir para crear una historia interesante. Como afirmó Valentina Agudelo, primera ganadora del Concurso de Cuento Corto 2016, este certamen literario permite reconocer que «somos seres de pasiones y esas pasiones son las que nos hacen sentir realmente vivos».

¹Algunos de quienes participaron como estudiantes en el Concurso, en el momento de esta publicación ya encuentran graduados.

**EL CUENTO COMO
REVELACIÓN Y PUNTO
DE ARRANQUE**

PRESENTACIÓN

Miguel Alberto Páez Caro

La universidad, ha sabido encomendar el concurso a personas idóneas. Dentro del equipo del jurado han participado importantes escritores como Gilma de los Ríos y Octavio Escobar Giraldo, así como profesionales de gran trayectoria como Alexander Monroy Henao (corrector de estilo de la UCM), Juan Guillermo Delgado Martínez, Fabián Andrés Narváez, Gloria Matilde Gil Duque, Sebastián Jaramillo Piedrahita y Jeison Díaz.

Este libro pone de presente que el cuento sigue teniendo un poder innegable como género en el que se mezcla la economía del lenguaje y la fuerza de los personajes. Un conjunto de palabras que nacen como revelación y se constituyen en punto de arranque para experiencias como el Concurso de Cuento Corto, espacio privilegiado para el encuentro y la creación literaria. Ojalá este compendio de cuentos sirva para que el concurso continúe generando esos espacios en los que la imaginación y la palabra se convierten en alimento para el alma.

Miguel Alberto Páez Caro



Me gustaría que esta historia comenzara como un cuento de hadas, “había una vez” y terminara “fueron felices por siempre”, pero este no es mi caso, mi historia comienza de la siguiente manera; aclaro que no estoy loco, solo soy un poco nervioso, pero juro, juro que lo que les diré es completamente cierto, lo juro, lo juro...

La noche estaba muy fría, no había luna, el candelabro limitaba mi visión, la vela se agotaba, se escuchaban y veían relámpagos y truenos, se avecinaba una tormenta. Durante el camino me cuestioné mucho del porqué me quedé tanto tiempo en aquella fiesta y tomé gran parte del licor que allí se encontraba. Debido a eso, ahora debía atravesar un bosque, que se me hizo totalmente extraño a como lo recordaba cuando iba de camino a la fiesta. Era tenebroso, sentíase la escasez de aire, yacía algo sombrío observándome desde los árboles, pero me dije a mi mismo que todo era culpa del alcohol que consumí con anterioridad. Mi caballo estaba algo nervioso, lo notaba en la forma que galopaba. ¿Era normal? —me preguntaba—. Pero al mismo tiempo trataba de buscarle explicación lógica a todo lo que me parecía extraño (porque como les dije, soy algo nervioso) para así poder tranquilizarme y llegar lo más pronto posible a mi hogar. No paraba de ver cómo la llama consumía la parafina como un albañil tomando su cerveza.

Cada vez que avanzaba más y más, de mi mente no paraban de salir todas las historias que me habían contado de pequeño y de adulto sobre pasar tarde por el camino de este bosque. Decía hacia mis adentros: “La sugestión del cerebro cuando uno lleva alguno que otro trago encima es cosa de locos”. Encontraba cualquier pretexto para tranquilizarme, pero la tormenta no se hizo esperar, y como un destello de luz, la lluvia comenzó a caer como pequeñas agujas a gran velocidad. Mi caballo empezó a correr desesperadamente, y yo trataba de mantener el rumbo cogiendo firmemente las riendas con una mano mientras con la otra sostenía mi única fuente de luz, protegiéndola de la incesante lluvia.

Entre tanto galope y saltos bruscos, un relámpago cayó justo delante de mí e hizo que el caballo me desplomara de su lomo, y al mismo tiempo el árbol que el rayo tumbó me quedó a centímetros. Rápidamente reaccioné y me incorporé, pero al observar, mi caballo había desaparecido. Pero ¿cómo es posible que desaparezca en tan poco tiempo? —me decía incrédulo ante la situación—. Acto seguido, tomé el candelabro que por fortuna no se apagó tras la caída. Miré la vela y calculé que faltaban cinco minutos o menos para que se consumiera totalmente, así que opté por buscar un refugio para pasar la noche y en la mañana iría a buscar el caballo. Corrí durante un corto tiempo y en la lejanía pude apreciar una cabaña donde tal vez podría pasar la noche.

Llegué lo más pronto posible y justo cuando puse un pie en el portón, mi vela se apagó... Tock, tock, tock. —¿Hay alguien? Por favor, déjenme pasar la noche, se los recompensaré con dinero en la mañana. ¿Alguien? —decía con gran desesperación—.

Nadie respondía y entre tanto tocar, la puerta se abrió. Supuse que estaba abandonada (otro pretexto para tranquilizarme, porque como les dije, soy algo nervioso...) así que seguí, pero solo pude apreciar lo mínimo, porque la obscuridad no me dejaba ver qué se encontraba en aquel lugar. Investigué la casa con la poca visibilidad que poseía, y efectivamente estaba abandonada, pero por fortuna había en la habitación principal una cama en la que podría descansar, dormir y esperar que el efecto del alcohol pasara.

En esa habitación no había nada raro, a excepción de unos tenebrosos cuadros, cuyas figuras ilustradas me seguían con su mirada... No le di importancia y me fui a dormir. En la mañana, cuando el sol salió en su totalidad, me levanté y pude apreciar con más claridad mi alrededor, y fue cuando me percaté de que los cuadros que en la noche anterior pude ver eran ventanas, y que la casa estaba en medio del bosque y no al pie del camino.

Salí despavorido de esa cabaña, y al salir encontré a mi caballo atado a uno de los barrotes de la casa. Sin pensarlo, me subí en el caballo y galopé sin fin hasta llegar a la ciudad. Cuando llegué les conté a todos lo ocurrido, pero nadie me creyó. Se sorprendieron al verme y me comentaron que estaba desaparecido desde hacía tres semanas, que no había ninguna cabaña en el camino hasta la ciudad y mucho menos una cabaña en la mitad del bosque.

UN POCO NERVIOSO

EL AUTOR

Alejandro Ochoa Ladino
Bacteriología
alejandro.ochoa@gmail.com

—De hecho, no existe ningún tipo de casa o cabaña en dicho bosque —me decían las personas—.

Me contaban que mi caballo había muerto la misma noche en que todo ocurrió, y que era imposible que hubiese llegado en caballo hasta la ciudad. Me decían loco, pero juro que no lo estoy, lo juro, lo juro. Juro que no estoy loco... Doctor, dígales que no estoy loco, lo juro, lo juro, los vi.

—Esa casa, el caballo, el bosque, la lluvia, el candelabro, la vela, los cuadros, los vi, lo juro. ¡DOCTOR, LO JURO!

—Nos podemos ver el martes para la siguiente sesión.



¿Qué pasaría si una mañana te despiertas sabiendo que todo lo que creías conocer realmente nunca ha existido? Esta es la historia de Leo, el primer hombre que logró encontrar el sentido de la vida en un abrir y cerrar de ojos. Leo solía ser un hombre tradicionalista y convencional, todos los días se levantaba con los primeros rayos del sol y siempre usaba una larga gabardina negra al momento de salir de casa, pues decía que le recordaba a su padre quien había fallecido meses atrás. La vida de Leo giraba en torno a tres cosas: trabajo, arte y mucho café. Cada mañana caminaba hacia la empresa Funding Circle, ubicada en la ciudad de Londres, en donde laboraba como contador hasta muy tarde en la noche. Aquellos días que tenía algo de tiempo libre solía pintar en el sótano de su casa, realizaba pinturas abstractas y simples, pues decía que eso reflejaba su interior. El tiempo pasaba y lo único que lo mantenía despierto eran las seis tazas de café que tomaba durante el transcurso de su día, pues de lo contrario sentía que el cansancio acumulado podría acabar con él.

Leo era una persona solitaria, no tenía muchos amigos y ocasionalmente sufría ataques de ansiedad, pero a pesar de todo nunca se quejaba de su estilo de vida. El día que conocí a mi buen amigo Leo mi mundo cambió, era un frío martes, el invierno londinense es difícil de sobrellevar, las calles estaban cubiertas de nieve y el viento aullaba de tal manera que te helaba la sangre. En ese entonces yo trabajaba en un almacén de pinturas, era el trabajo ideal, el ambiente del lugar era cálido y artístico, además ganaba un buen dinero que usualmente invertía en mis estudios en la Escuela de Arte y Teatro de la ciudad, pues desde que era niña quise ser una gran actriz. Ese día entró al almacén un hombre muy alto, de no menos de 30 años, cuyos ojos grises reflejaban su alma, usaba una gabardina negra y elegante, su presencia causaba gran impacto y esto fue aún más perceptible cuando él se acercó a mí, la gran conexión que surgió entre los dos en esos momentos fue inexplicable. Nuestra primera conversación fue acerca de los mejores tipos de pinturas y terminó en un debate sobre artistas contemporáneos, después de esto una amistad surgió y continuó creciendo durante los cinco años siguientes.

El tiempo transcurría, pasaron muchas primaveras, veranos, otoños e inviernos en donde todo marchaba totalmente normal. Sin embargo, un día cualquiera una llamada telefónica alteró mi tranquilidad, Leo había sufrido un accidente y estaba internado en el Hospital Saint Thomas. Inmediatamente salí en busca de mi amigo, mi mente no paraba de dar vueltas, imaginaba lo peor, mi pulso estaba muy acelerado y mis manos temblorosas no paraban de sudar. Al llegar al hospital me informaron que Leo estaba estable y que simplemente había perdido la conciencia inesperadamente entre las pintorescas casas de Chalcot Crescent. Minutos después, que fueron eternos para mí, permitieron que accediera a la sala donde reposaba mi amigo, al verme entrar sus ojos se llenaron de lágrimas, tomó mi mano fuertemente y entonces entendí que algo en él había cambiado. Trate de tranquilizarlo pero mis esfuerzos eran inútiles y cuando él empezó a relatarme realmente lo que le había sucedido pensé que había perdido totalmente la cabeza.

Leo inició su historia contándome que desde el momento en que se levantó de su cama ese día por la mañana sintió que algo extraño estaba sucediendo, no sintió cansancio ni ansiedad, pero empezó a sentir un vacío en su interior. Al ir camino hacia su trabajo empezó a notar que las personas que caminaban a su alrededor no eran realmente conscientes de su existencia, algunos solamente miraban hacia abajo y los demás no se despegaban de sus artilugios tecnológicos, todos parecían inmersos en sus propias mentes. Los edificios y las calles empezaron a parecer simples objetos que conformaban una gran maqueta. Al llegar a su trabajo tuvo una sensación aún más confusa, todos sus compañeros incluido él mismo, trabajaban arduamente para lucrar a una empresa que difícilmente se interesaba por sus empleados. Leo sintió una marea de pensamientos en su interior, fue tanta la presión que se generó dentro de sí mismo que tuvo que salir de la empresa a tomar un poco de aire. Sin embargo, Leo comenzó a sentirse indispuerto, sus pasos eran cada vez más difíciles de coordinar, hasta que repentinamente cayó al suelo perdiendo la conciencia.

Al despertar, Leo vislumbró en la distancia una silueta blanca que mencionaba su nombre, él se acercó temeroso a lo que consideró una figura humana, cuando estuvo justo enfrente de ella el potente resplandor disminuyó y pudo observar que era su reflejo el que lo estaba llamando. Se sintió confundido, una ráfaga de pensamientos llegó a su cabeza y todo su entorno se volvió negro y sombrío. Perdido en la oscuridad entendió que la vida se había convertido en un ciclo rutinario del

**UNA CUCHARADA DE TU
PROPIA MEDICINA**

LA AUTORA

Manuela Escobar

Bacteriología

manudiaz78@yahoo.com

que nadie podía salir, que desde que nacemos nos han quitado hasta el derecho de escoger nuestros propios nombres, nos han inculcado nuestras creencias políticas y religiosas, nos han implantado en nuestra conciencia qué es moral y qué no lo es, nos enseñan desde que entramos a la escuela que nuestro objetivo es crecer, trabajar, reproducirnos y morir, pero ¿dónde queda la verdadera felicidad? y ¿qué hay de nuestra libertad? Somos autómatas dentro de un sistema que nos usa para subsistir, para hacernos creer que lo más importante es el dinero, dominan nuestras vidas y nuestras esperanzas y si simplemente no encajamos dentro de esta sociedad somos considerados locos, insensatos y malos.

¿Qué hay detrás de esa cortina de humo de la que muchos no son conscientes? Se preguntó a sí mismo varias veces. Sus oídos empezaron a percibir sonidos nuevamente y cuando al fin pudo abrir los ojos se encontraba rodeado de médicos que lo miraban asombrados. Tiempo después una enfermera le comentó que mientras dormía su actividad cerebral había estado disparada, lo cual fue sumamente extraño, pues incluso sobrepasaba los valores de referencia de una persona consciente, lo que llamó la atención a más de una persona. Cuando Leo terminó de relatarme toda su historia estaba perpleja, sentí que debía reflexionar, tal vez esto era lo que necesitábamos, reforzar nuestro espíritu, entender que la realidad va más allá de lo que entendemos y que el mundo es más grande que nosotros, podemos perder muchas cosas, pero nunca a nosotros mismos. Al día siguiente de salir del hospital abracé a Leo y tomé su mano, después de ese momento entendí que mi vida sería distinta y que mis ojos estaban empezando a abrirse por primera vez.



iállese! —gritó papá.

Mamá, que estaba recostada en su pecho, me miró y suspiró. Estaba acostumbrada a esa vida de gritos y esperaba que yo también lo hiciera. Vivíamos en una descuidada y vieja casa de bahareque, en cuyo primer piso, papá se obstinaba en guardar las cosas que no utilizábamos, ya fuera por falta de espacio o por el simple hecho de no querer botarlas. A mamá no le importaba que él llegara a media noche con sus amigos y que tomaran hasta el otro día. Lo único que le reprochaba era la obsesión de guardar cosas viejas. A veces, en un ataque de ira se lo decía, y entonces, las huellas de la discusión demoraban en desaparecer de su rostro. Por eso estábamos condenados a habitar el segundo piso de la casa, el cual estaba compuesto por dos cuartos, una cocina, un baño, el tendedero de ropa y una pequeña sala, que se veía más pequeña desde que papá había cambiado unas incómodas y sucias sillas plásticas, por un juego de poltronas de segunda mano.

Para mí todo era rutina y soledad en la vieja casa de bahareque, que alguna vez perteneció a mis abuelos, pero un día cualquiera todo cambiaría. Escuché que mamá lavaba los platos y corrí a pedirle algo de tomar, pero en la cocina no había nadie. Ella dormía profundamente frente al televisor. Entonces supe que los ruidos procedían del primer piso, de ese lugar polvoriento que papá llamaba sótano y que mamá se empeñaba en llamar porqueriza. Los ruidos me hicieron estremecer, el viento los empujaba a través de las hendiduras del desechado piso de madera. Yo trataba de convencerme de que solo era mi imaginación, que los ruidos no existían, que no había nadie allá abajo. Pero con los días los ruidos se fueron transformando en horribles murmurios, y la fatalidad no tardó en llegar. Por toda la casa comencé a ver objetos viejos y sucios que habían estado en el sótano. Por ejemplo, en mi habitación, que quedaba al lado del baño, aparecieron las viejas sillas que habían encontrado la jubilación con la llegada de las poltronas.

—¿Pa', puedo llevar las sillas al sótano? —le pregunté un domingo en que él tomaba gaseosa con cerveza para pasar el guayabo, pero yo no sabía que mi boca la usaba el diablo.

—Mejor bote o regale eso que ya no las necesitamos —dijo mamá.

La frente de papá se arrugó y pude ver cómo su respiración se aceleraba. Con la mirada fija en ella, masticó con odio las palabras que diría.

—¡No se haga la estúpida que yo mismo las bajé!

Furioso se levantó del comedor como un resorte, la tomó del brazo y la llevó a rastras hasta la puerta de mi habitación.

—Usted misma las va a bajar, pero primero las lava con la lengua —afirmó.

Tras encender la luz de la habitación, el odio de papá fue mío.

—¿Dónde están las malditas sillas?

Toda la casa tembló con la furia del grito.

—Allá están —respondí con la voz entrecortada y señalé la esquina en donde se encontraban las cuatro sillas apiladas.

—Tras de retardado mentiroso. ¡No ve que no hay nada!

Se quitó el cinturón con torpeza y me golpeó ante la asustada mirada de mamá. Yo, a pesar de las lágrimas, seguía viendo las sillas en mi habitación. Fue en ese momento cuando comprendí que había cosas que solo yo podía ver y tocar. Todavía tengo pesadillas donde todo se repite paso a paso como en una película de terror.

EN PARALELO

EL AUTOR

Jhon Fredy Henao Arias
Maestría en Educación
literatura7@outlook.com

Desde ese día la basura del primer piso comenzó a habitar ese lugar de la casa que antes me pertenecía. Pronto tuve que dormir en el piso porque unas pesadas bombonas de gas dormían en mi cama. El miedo me fue conquistando. Todo lo sufría solo. Parecía como si mis papás vivieran en una realidad diferente a la mía. Éramos los ruidos, los murmurios, los objetos y yo. Frecuentemente soñaba que algo pesado aparecía y me aplastaba. Pero como había cosas que emergían, otras desaparecían. Por eso dormía con mis carros de cuerda entre las manos. Si ellos desaparecían, yo tendría que desaparecer con ellos. Pero fue mi mundo y mi vida la que gradualmente se esfumó.

Una noche en la que mis papás veían televisión, mientras yo jugaba con mis carritos, oí la voz de mamá que me llamaba con ternura. Fue extraño y emocionante porque en la casa no se podía hablar cuando papá veía televisión. Pensé que por fin mamá se interesaba en mí, que por fin rompía las cadenas del espanto por algo diferente a la porqueriza, que por fin yo era igual de importante que las basuras.

—¡Señora! —respondí emocionado.

—Mijo, yo no le he hablado —contestó secamente.

Un frío espeluznante me recorrió todo el cuerpo. Me percaté de que aun con la boca cerrada, yo la seguía escuchando. Me di cuenta de que ahora los susurros tenían la voz de ella y subían estridentes por las escaleras del primer piso. Llegaban con una fuerza inusitada. Todo temblaba. Las luces de los bombillos que bañaban de amarillo todo el espacio comenzaron a hacerse más tenues, hasta que se apagaron por completo. Sentí un terror más grande que el que sentía por el cinturón de papá. Grité desesperado. Solo respondieron las voces que subían por las escaleras.

—¿Quién hay allá arriba? —interrogaron.

El miedo me paralizó. Un horroroso silencio lo invadió todo.

Mis papás ya no estaban, la televisión estaba apagada o había desaparecido. Todo era oscuridad, silencio, espanto. Caminé con precaución hasta llegar a las escaleras. Una ligera luz blanca se veía al final de ellas. Bajé uno a uno los escalones, aferrándome a mis carritos como si ellos me ayudarían a guardar el equilibrio. Llegué a la puerta por donde pasaban los hilos de luz. Me horroricé. Mamá estaba hablando con un niño. Era yo. La misma estatura, la misma voz, los mismos juguetes en sus manos. Era como ver un video familiar, pero en vivo, salvo que los colores eran diferentes.

Me estremecí y quise volver al segundo piso, pero una torpeza delató mi presencia. Mamá, o, mejor dicho, la señora que se parecía a mi mamá corrió a ver lo que pasaba en ese zaguán donde me encontró llorando. Me abrazó, me pidió tranquilizarme y me hizo preguntas. Fue la primera vez que sentí el amor materno, pero no duró mucho. Le pedí que subiéramos al segundo piso, pero me dijo que allá solo había basura. La convencí. Cuando subimos a ese lugar donde yo decía que estaba mi familia, solo encontramos lo que ella dijo que había allí. Ella veía todo lo que mis padres, por días, juraron no ver: las sillas, las bombonas de gas. Todo. Así fue como terminé aquí, en esta institución para gente como yo. A mis verdaderos padres nadie los ha encontrado. Soy nuevo en este mundo. Creo que usted es la quinta psicóloga a la que le cuento mi historia.



Era un viernes por la mañana, un día normal, adornado por el sol y la brisa. Como era habitual, me levantaba rápidamente, lavaba mi cara y de inmediato me iba a buscar “los tres golpes” del día. Siempre salía en mis cómodas chanclas y pantaloneta (a los pescadores no nos gustan esas camisetas que al sudar se pegan al cuerpo), abordaba mi lancha y desafiaba al gigante que corre. El río Cauca siempre me ha causado mucha impresión, quizá el día que muera lo haré como un pescador digno, el que me ha dado de comer me comerá; así es, amigo, depositará en mi boca tanta agua que no podré contenerla y detendrá mi respiración al punto de expulsar agua por todos los “huecos” de mi cuerpo.

Me fui río abajo, y al llegar a mi sitio favorito de pesca me sentí bien. Me dispuse a preparar mi caña rápidamente, pero me di cuenta de que no tenía lombrices, así que me tocaría ir a la orilla y abrir un roto en la tierra —será con un palo o yo qué putas sé— y sacarlas. Pensé en que no quería que me dieran las diez y yo por acá internado en este lado del río porque hay mucha, como diría Kiko, “chusma, prr” y al otro lado está la ultraderecha.

Comencé a remar rápidamente a la orilla y al llegar me percaté de que tenía mi pala. Quizás me serviría. Empecé a cavar y pude sacar siete animales y pensé: “estas son suficientes”.

Cuando me di vuelta para subirme a la lancha vi algo descomunal, un poco grande, que arrastraba la corriente. En su parte superior yacía un gallinazo. En la lejanía no lo podía distinguir bien, así que decidí esperar unos segundos a que estuviera más cerca. Sin embargo, me subí a la lancha para ir a su encuentro. Habían transcurrido unos minutos. Esa “cosa” ya se ubicaba más cerca y la pude distinguir.

Lo que vi me dejó atónito, era algo nuevo para mí, me causaba incertidumbre y miedo. No sabía qué debía hacer, pero si de algo estaba seguro es que venía hacia mí y golpearía la lancha. Sentía que mis piernas pesaban y mis manos eran devoradas por la madera del remo, ya que no me dejaba quitarlas. No era capaz de quitarme y estaba solo con el bosque que es testigo del horror que veía. No quedaba más que pensar en qué haría, porque está ahí, junto a mi lancha, solos él y yo. El gallinazo ya se fue. Pero juro por Dios que ese símbolo de la muerte no lo olvidaré.

Estoy seguro de que el gallinazo estaba en busca de lo mismo que yo: comida. Pero ahora en medio de mi angustia no sabía qué hacer, pero sí había algo que tenía claro: a ese hombre que yacía ahí asesinado alguien lo esperaba en casa y nunca llegaría. Mi mamá me enseñó que al mal tiempo buena cara, así que debía hacer algo, llenarme de huevos, al menos para quitarlo e irme para mi casa. ¿Pero qué será de él? ¿Dónde parará? ¿Lo encontrarán? ¡Ay, Dios mío! Dame fuerza, permíteme llevarlo a la orilla.

Cerré mis ojos y poniéndole pelotas a la vaina, lo cogí por la camiseta para amarrarle el lazo y llevarlo a la orilla. Debo subirlo de una porque se está haciendo tarde, pensé. Cogí mi pala y comencé a cavar. La temperatura aumentaba junto con el cansancio, pero debía terminar para enterrarlo. Ni siquiera sabía por qué hacía eso, no lo conocía, no sabía quién era. Vi que el hueco estaba más o menos hondo y me acerqué a la lancha para halarlo y llevarlo. El río ya se teñía de rojo y más miedo me dio, pero debía continuar ¡Mmm! ¡Ahhh! ¡Juemadre si estaba pesado y nos separaban cinco metros más! Halé y halé con fuerza. ¡Ahhh! Vi mi pie untado de sangre, me había caído encima al resbalarme, pero ya estaba más cerca. Debía tapanlo rápido y largarme. Eché unas veinte paladas de tierra y salí corriendo. Lavé mi pie, subí a la lancha y remé río arriba hasta mi casa. No sé qué hice, pero ya fue, no hay vuelta atrás.

Recuerdo que ese día no pude dormir. A cada momento recordaba la escena que estaba grabada en mi cabeza y me hizo pasar angustias y miedo, porque no sabía quién era, no sabía en qué me había metido al enterrarlo. Pero agente y señor periodista, si de algo estaba seguro es que ya me tocaba asumir las consecuencias de dicho acto. Sin embargo, como ustedes son sabedores, ese no fue el único cristiano que enterré. Siempre pescaba para poder sobrevivir y día a día fueron aumentando los cadáveres por el río. Por eso nunca dejaba mi pala. Fue así como este sitio que usted ve acá lo bauticé el “cementerio de los no reconocidos”, porque nunca volverán a sus casas. Y yo cada día me levanto recordando ese primer resplandor que emitió el símbolo de la muerte.

JURO POR DIOS

EL AUTOR

Andrés Elías Marín Rodríguez

Maestría en Educación

andresmarin-22@hotmail.com



Ahora apareció ese ingeniero de sistemas experto en todo para engatusar a Eva, mi novia, con la idea de vivir en Barranquilla con el objetivo, tantas veces aplazado, de montar una clínica veterinaria como la que siempre soñó, porque allá dizque los animales sufren muchos vejámenes que ni siquiera salen en las noticias (como si en Ibagué no hubiera animales necesitando sus servicios profesionales aprendidos con esfuerzo en las aulas de la desdeñada Universidad del Tolima); un charlatán que conoce las diferencias epistemológicas entre hardware y software (no se esfuerza por disimular que padece el síndrome de hombre efímero que a diario descarga miles de aplicaciones para olvidarlas al día siguiente) y que, convencido de que lo digital es la máxima expresión de la vida inteligente sobre la Tierra, se jacta de ser un experto informático en cuya plataforma reposa la seguridad de decenas de empresas que confían en su pericia de gurú cibernético.

Eva da crédito a esas ambiciosas propuestas dejándome plantado en nuestro restaurante favorito para comer la punta de anca tres cuartos que tanto la desvela y recuerdo que todo empezó por su actitud de hippie cuando yo ni siquiera sabía lo que significaba esa palabra, porque la asociaba a una partida de mechudos fumando marihuana y cantando música de The Beatles (erudiciones heredadas de los vagos conocimientos sociológicos de mi madre). Para salir, después de presentarme a su amiga Sounya, la gitana del Parque Bolívar, con que el destino ya está escrito y sólo basta con develarlo; y que, como no le daba mucha credibilidad a los impulsos del corazón (el primer indicio por el que el común de los enamorados se deja guiar) ni al cuncho en la taza de chocolate y mucho menos a los acertijos proféticos de Osvaldini y sus inveterados pronósticos (al cual ya muchos catalogan como el más grande fraude metafísico de la historia de la ciudad desde la época de la fundación mítica por parte de López de Galarza), aducir que lo mejor era confiar los hilos del destino a la gran Sounya.

Y después que me hizo recalar en esa cloaca del Parque Centenario, sólo por entrevistarme con Sounya en su entorno natural (yo hubiera preferido pagar los cuarenta mil pesos de la punta de anca con los escasos fondos de mi tarjeta de crédito) justificar que, si los dioses nos habían reunido minuciosamente, lo mejor era recibir el visto bueno de la madame de la lectura de la mano.

Casi dos horas después, cuando el olor a marihuana de los bazuqueros del parque me había dejado con la conciencia en ascuas, apareció Sounya emperifollada con una falda de flores color púrpura, blusa gris manga sisa y un imponente bolso blanco, tan grotesco que sigo sospechando que su aspecto fue el corolario de los efectos del olor a marihuana. Y Sounya, que ni reparó en mí, empezó a intimidar a los marihuaneros con su “venga le leo la mano”, creyendo que uno de esos libertinos era el príncipe azul del que Eva le había hablado. Hasta que, no sé empujado por qué fuerza, me atreví a confesar:

—Tu amiga Eva me envió.

Ella, sin preguntar si quería hacerme lo de la lectura de la mano, empezó a invocar a sus dioses del olimpo romí, “pindrabar ler ostebés e quer andoba choror gacharao archavarar corballé”, o algo semejante.

Mi estudio de los idiomas no dio para tanto en esa circunstancia (lo máximo a lo que he llegado es fungir como traductor de un hermoso y musical poema en inglés que, si no estoy mal, empieza “The nighth has a thousand eyes...”), por lo que supuse que se trataba de algún conjuro para quitarme el efecto de los alucinógenos, hasta que, más en mis cabales, y a pesar del febril disfraz que la agobiaba, descubrí su lunar bajo la nariz, el mismo de Sonia la excompañera de colegio con la que me gradué después de soportar el tedio del bachillerato. Pero ella seguía absorta en sus conjuros en dialecto romí, una mujer casi en trance, auscultando mi alma con sólo pasar la palma de sus manos por mi aureola contaminada de olor a marihuana y de recuerdos en los que Sounya (la Sonia del colegio) volvió a aparecer en su plenitud.

Recapitulé el día que huimos con Bearman y la Vallejo hacia los chorros del sector de los túneles, una tarde en la que (aparte de avergonzarme por nacer en una ciudad en la que los gobernantes son incapaces de terminar un túnel) intuí que lo del lunar de Sonia era la mejor de las artimañas urdidas por la ciencia de la reproducción para hacerme creer que ya nunca podría vivir sin ella, porque

SOUNYA LA GITANA

EL AUTOR

Miguel Alberto Paéz Caro
Esp. Gerencia Educativa
mpaezcarocar@gmail.com

aquella misma tarde, después de chapotear en los charcos del río y de caminar entre la maleza para quedar lacerado por la pelusa de las hojas de pringamoza, le hice el amor bajo una mata de plátano, que fue lo más cubierto que encontramos para que Bearman y la Vallejo, que andaban en lo suyo, siguieran creyendo que lo nuestro era un amor platónico y que, guardadas las proporciones, seguiríamos en esa jugarreta del flirteo hasta cuando llegara el fin del año escolar y, metidos en lo de la excursión de despedida de grado once, decir que, después de tanto idealismo, por fin habíamos cedido al soborno de los bajos instintos, y que eso sacábamos por andar provocando a la especie con lo de bañarnos medio desnudos en un río al que se sabía llegaban los adolescentes sin dinero a hacer el amor cuando ya la calentura no daba tregua.

Ahí está que Sounya la gitana resultó ser la Sonia de mi adolescencia. Yo, que estaba bajo los efectos de la marihuana o de algún íncubo proveniente de sus conjuros, la encuellé y la tendí sobre una grada:

—¿Recuerdas lo de los túneles hace más de veinte años cuando estábamos en grado once?

Ella, dejando ver su cabello canoso y horquillado bajo la pañoleta romí, me bajó de mi pedestal:

—Los malos amantes se ganan boleto gratis al olvido.

Al comprobar que no había perdido los arrestos a pesar de hacerse pasar por una altanera pitonisa de origen romaní, la besé intentando imitar el brío de la época del amor silvestre de los túneles de Ibagué. Fue cuando apareció Eva aduciendo que le había cogido la tarde, pero Sounya, arreglándose el corpiño bajo su horrible blusa gris manga sisa, dio un salto y dijo que lo mejor era tener una conversación de mujeres.

Reconozco que no fue Sounya y su gastada sabiduría cañí la que dio al traste con todo, sino que detrás del cambio de planes de Eva y de renunciar a su obsesión con lo de saber lo que depara el destino en la palma de la mano, está el barranquillero amante de los circuitos eléctricos y las memorias RAM, porque eso fue lo que adujo Eva a pesar de que Sounya se esforzó en que no me abandonara después de haber prometido convertirse en la lectora oficial de mis poemas:

—Porque así como el romí es la lengua para leer el destino, el amor es la mejor herramienta para identificar la mierda de los poemas—, sostuvo Eva hasta aquella noche en que, tras deambular por el centro de Ibagué elucubrando lo que significaría ganar un premio literario que nos sacara de pobres, huyó con su amiga del Call Center (que gusta subir videítos chistosos al estado del WhatsApp) a una inesperada y vehemente rumba con dos acuerpados instructores negros de cardio-rumba en uno de los containers de las afueras de la ciudad, sólo por el capricho de comprobar si de verdad la lectura en la mano tenía sentido, para al final descubrir que todo era una intriga fraguada por Sounya, porque fue en ese antro donde Eva conoció al barranquillero arrebatado y su fiebre cibernética.

Lo de la rumba en los containers no paró ahí, porque cuando fui a rescatarla de la borrachera con Tapa Roja (ese trago del que tanto denigra aduciendo que es para pobres), me reveló que le había llegado la hora de los sentimientos inmortales y que por fin iba a realizar su sueño de veterinaria entregada al cuidado de los animales desvalidos del Caribe colombiano al lado del ingeniero y sus promesas de sospechoso pudor de marimonda.

Preciso cuando defendió su decisión de abandonarme aduciendo que lo de escribir relatos y componer versos en las noches de sopor ibaguereño es una costumbre que termina por hacer infeliz a cualquier mujer, le confesé que lo de la lectura de la mano fue pura mentira.

Es cierto que Sounya me secundó con lo de elevar el exponente de mi felicidad futura:

—El enamorado éste que se la pasa mendigándole a los editores le publiquen una novelita es un tipo fogoso capaz de bestialidades en la cama, pero lo mejor (y eso lo inventó Sounya conociendo las ínfulas arribistas de Eva) es que el bellaco está condenado a ser un maldito hombre de éxito, quizá se embolsille un Premio Cervantes o algo por el estilo; yo porque sólo lo escuché leer un fragmento de su más reciente cuento, pero tiene madera para ser el nuevo Policarpo Varón de esta tierra tolimense.

Cuando Eva le preguntó si Policarpo Varón había sido algún actor de la extinta serie de televisión “Padres e Hijos” o un futbolista de los que emigró hacia Bulgaria cuando lo de la tragedia del Volcán del Ruiz, Sounya le aclaró que se refería al escritor del cuento El festín:

—Sin ánimo de pecar de exagerada, el tipo le hace competencia en su narrativa a los Pardo, no te extrañe que termine conquistando los pedestales del éxito literario con su prosa carnuda.

Por fortuna esta mañana, mientras bajaba por la carrera tercera en mi bici en busca de mi editor para preguntarle si por fin voy a ver mi novela publicada, vi a Eva con Sounya y con su ingeniero de sistemas, sentados en una banca de la plazoleta Darío Echandía, en el cuento de leer la mano.

Al ingeniero que le prometió vida en Barranquilla rodeada de perros abandonados lo reconocí de inmediato por sus rastas y sus tatuajes de máscaras africanas en las pantorrillas, Ñoñi Vaca, el mismo con el que alguna vez coincidimos en mi frustrado episodio vegetariano del centro Hare Krishna de la carrera quinta, esa locura que casi me cobra la vida y en la que participé Ñoñi Vaca, por entonces aficionado al mundo espiritual de Arjuna, mundo del que deserté porque al parecer mi organismo no puede sobrevivir sin proteína animal. Pero Ñoñi, que al final terminó mezclando los cantos del Bhagavad-gītā con el lirismo pegajoso de Bob Marley, se metamorfoseó en un inconfundible rastafari vegetariano que vive pregonando en sus redes sociales que “mientras haya mataderos habrá guerra”.

Ojalá Sounya la romí haya podido vaticinar en las trazas dialécticas de la mano del Ñoñi rastafari que, si Eva se aventura a vivir en Barranquilla, no podrá volver a probar la punta de anca asada a tres cuartos que tanto la desvela y por la que juraba que su maquineta de detectar mierda le decía que mis poemas podían competir con la lírica de los mejores poetas tolimenses, aunque jamás haya leído un libro de poesía (ni del Tolima ni de ninguna parte) y aunque todavía crea que mis poemas sirven para letras de canciones.



Me mira mi negra como insinuándome que le entró la nostalgia. De lunes a sábado es la mujer más alegre del Parque Fernández Madrid, donde tengo mi negocio de venta de licor y en el que se escucha la mejor música cubana en Cartagena. Los domingos a mi negra le entra la nostalgia, necesidad de recordar momentos que le anegan el sentimiento y la llevan al tiempo en que nos conocimos, recuerdos perdidos desde hace casi veinte años, evocaciones que se desgranán como aguaceros de mar que limpian el cielo y convierten la playa en basurero de los escombros del Caribe.

Remembranzas que la llevan (y por ahí derecho me arrastran) al tiempo en que llegué a Cartagena con la idea de convertirme en profesor de literatura. Los libros eran mi tema en aquella época. Me había devorado el Boom, en especial García Márquez, del que escribí un artículo que valió que Gabo opinara que mis párrafos eran la demostración de que las quinientas páginas de Vargas Llosa en *Historia de un deicidio* constituían el más grande desperdicio de la literatura, porque para criticar *Cien años de soledad* bastaba con decir que era una audaz mezcla de los relatos juglarescos del Valle de Upar y las hiperbólicas aventuras de Gargantúa y Pantagruel. Nunca llegué a comprobar la realidad de aquel juicio, pero fue uno de los rumores recurrentes en las reuniones de escritores en Bogotá, cuando Gabo ni siquiera había recibido el Nobel y cuando los académicos soñaban con escribir un mamotreto más voluminoso que el publicado por Vargas Llosa.

Además de leer a Gabo recitaba estrofas de la enmarañada poesía de Vicente Huidobro. Debatía como un erudito sobre las tres o cuatro novelas más importantes del siglo XX. Hacía exégesis al exhibicionismo de Charles Bukowsky y su *dirty realism* en la irreverente *Factotum*. Y obvio me conocía de memoria los clásicos. Pero nadie había leído tanto como yo a los escritores colombianos de la «generación del cuarenta», como los llamó Fabio Martínez por nacer en esa década. Me refiero a los Pardo (Carlos y Jorge), Humberto Valverde, Benhur Sánchez y Hernán Toro, al que conocí cuando publicó su famoso *Ajuste de cuentas*.

Hasta que me topé con Hernán sólo concebí un destino como lector, ese destino que los muchachos de mi generación anhelábamos al ver el ejemplo de Borges, lector hedónico, de esos que creen que uno se debe jactar de lo que lee y no de lo que escribe. Y entonces Hernán tuvo la idea de afirmar en una reunión a la que había sido invitado que el país necesita menos gente en la guerra y más muchachos escribiendo, estocada que me hizo pensar en un futuro como escritor y que me obligó a dejar abandonado el ideal de convertirme en el Borges colombiano.

Me mira mi negra y luego se refugia en la herida de su pierna, oscura cicatriz que le recuerda la belleza perdida, su juventud y sus años difíciles, años en los que cayó al fondo de un foso perturbador por tener que ganar unos pesos para su bebé robando en compañía de su amante, un mulato que le vendió la idea de que los ladrones equilibran la desigual balanza de los ricos y los pobres, un aventurero nacido en un barrio de desplazados que la hizo feliz y que le ayudó a ganarse el alimento para el pequeño hijo con el que llegó desde un pueblo de Córdoba después de convertirse en madre soltera y de tener que enfrentar el mundo con la convicción de que todo lo había hecho por amor, para al final tener que conformarse con que esas especulaciones no bastan para hacerle frente a la desgracia humana.

En el fondo mi negra y yo somos parecidos: tocamos fondo por amor a los ideales. La herida en su pierna es prueba de que una noche en pleno fragor de la tormenta corrió incansable por los corredores de una vieja casona de la zona amurallada para salvar su pellejo, huyendo de unos dóberman convertidos en fieras por invadir sus linderos, fronteras que levantamos los seres (humanos, animales, todos) por el capricho de sentirnos dueños de una porción del universo. Una cicatriz por la mordida de unos perros hambrientos, herida que con el paso de los años se ha tornado oscura y se ha apoderado de su pierna, prueba de que tiene una herida en el alma que no sana, porque esas grietas demoran más en curar que las de la carne, y mi negra es la evidencia de lo frágiles que somos cuando nos sangra la llaga infinita de la nostalgia.

Mi negra detalla la cicatriz por las mordidas de aquellos perros de los que se salvó por mérito de la nada y me viene a la memoria que entonces yo, que recién llegaba a Cartagena, conocía a los gurús de las letras colombianas de tanto andar en talleres y encuentros de escritores, que ni siquiera los

POR DIOS, RICARDO

EL AUTOR

Miguel Alberto Paéz Caro
Esp. Gerencia Educativa
mpaezcarocar@gmail.com

estudios universitarios terminé por abandonar Ibagué para viajar a Bogotá con la idea de cumplir el sueño de la creación literaria. No me servían los profesores ni la vida. Lo que soñaba era contar historias, como lo haría cualquier juglar.

Fue Hernán mismo el que me bajó de la nube cuando le di a leer lo mejor de mis relatos, Escribir es un arte que se perfecciona a punta de sacrificio y de tiempo, me dijo, y después de aceptar que no tenía el talento ni los medios decidí retornar a Ibagué y creer que una buena solución era enseñar en un colegio, sólo que ser profesor de literatura es ingresar a una cofradía de miserables con el riesgo de quedar en el desempleo. Por suerte conocí a Lucas, un viejo cura misionero que iba los domingos a San Jorge para catequizar niños, A salvarlos de las garras del demonio, como decía, y me propuso que en Cartagena necesitaban un muchacho como yo, Graduarse de licenciado no es lo importante, en el colegio de Cartagena necesitan un tipo joven que sepa su arte y que sea capaz de ayudar a la gente más vulnerable.

Hice una rifa, vendí unos libros y me vine al Corralito de Piedra. Lo de ser profesor de literatura en una tierra de escritores resultó una empresa demasiado ambiciosa para mis ideales, según le entendí al rector del colegio cuando me dijo que yo no cumplía con el perfil, El Padre Lucas dice que usted está dispuesto a todo, y terminé cuidando unos sacerdotes ancianos y una manada de perros feroces y mal alimentados en una vieja casona, la misma en la que unas semanas después de intentar ganarme la vida para retornar a Ibagué, conocí a mi negra.

Mi negra se mira la herida y me sonrío porque sabe que ya le pasó lo de la nostalgia y hoy no tendrá que ir a visitar al tipo que la hizo palpar de placer, porque sabe que la cicatriz es la prueba de que un hombre no necesita ser el más temido de la manada ni escribir los mejores relatos para ser el más valiente. Me hace señas mi negra indicándome que me espera en el baño, se arregla el brasier y la blusa escotada que me excita, cojea y mueve las caderas para provocarme, exhibe lo mejor del repertorio que inventó para agradecerme con sus caricias y sus encantos que una noche de tormenta, mientras robaba a unos curas ancianos en una casona en compañía de su amante, tuve el arrojito de olvidar mis...

De repente la mujer detiene el tecleo en el computador.

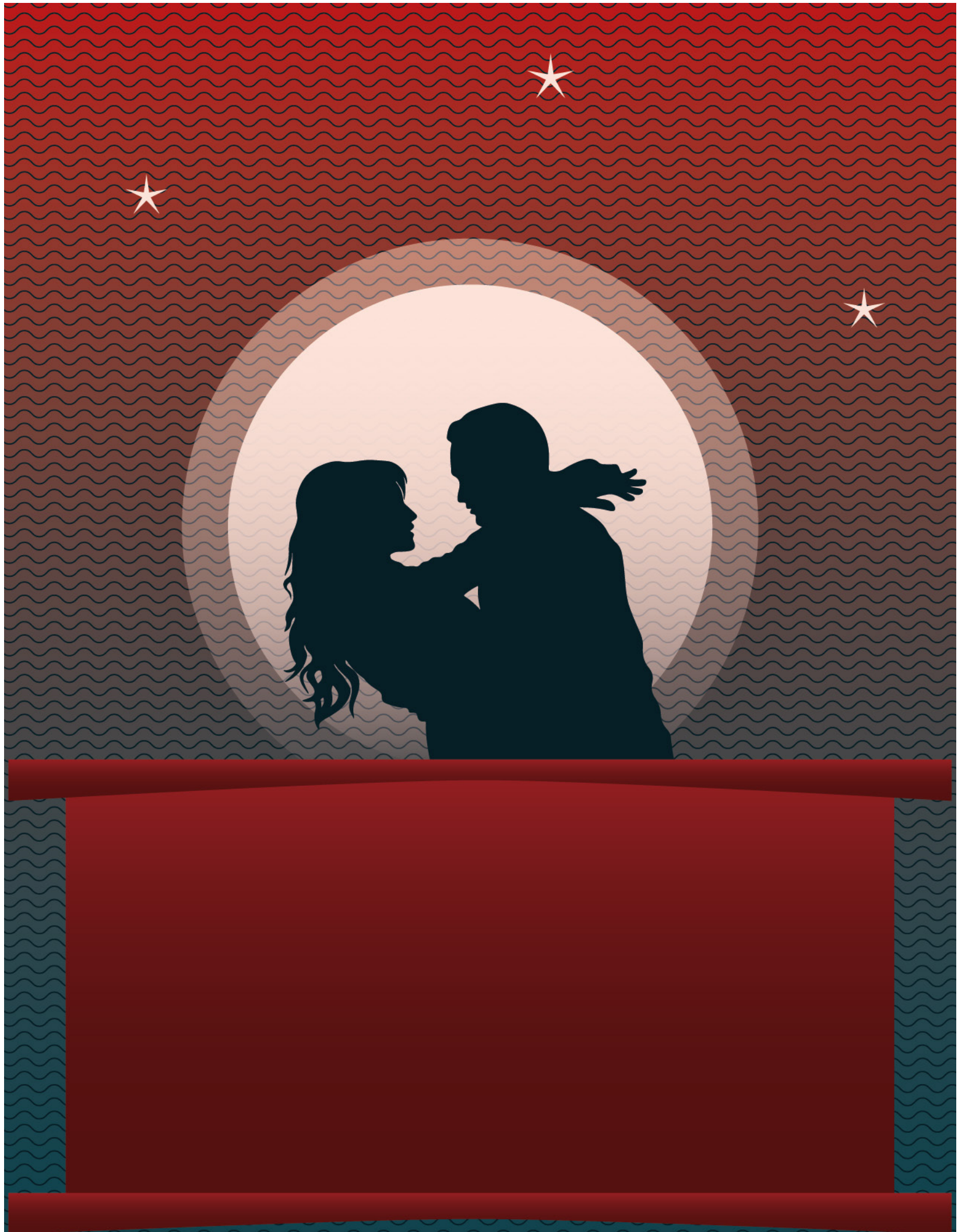
—Aún no he terminado —indica él—.

—Al paso que vamos el final es muy obvio —replica ella—.

—Pero mi negra, es que ni siquiera lo he pensado, ya sabes que el final es lo más difícil.

—Por Dios, Ricardo —continúa ella—, es evidente que lo único que la negra no le perdona al protagonista es que no haya salvado al amante y, antes de salir para el cementerio a ponerle flores y a llorarlo, lo mata con el arma que guarda en la gaveta del mostrador.

Él se hunde en un frágil silencio creyendo que la reacción de su mujer, la misma que cumple con abnegación el papel de amanuense, obedece a ese tenso y fugaz milagro que es el momento de la creación literaria. Alcanza a sentir regocijo por experimentar aquel sentimiento que da significado a su secreta labor, pero al instante lo interrumpen los pasos de ella cojeando con dificultad hacia un rincón del estudio y, en medio de su penumbra, él que es ciego desde una lejana noche en que la situación se le salió de las manos por salvar a una mujer en peligro de muerte, siente que saca algo de uno de los cajones, Los lentes oscuros y el bastón, piensa él tranquilizándose, otra vez saldremos a caminar por la playa a pesar del miedo que le tiene a la tormenta. Luego la escucha acercándose, creyendo que le va a musitar algo al oído con su voz tenue y musical, hasta que siente junto a la oreja la fría caricia del revólver.



It all started in a city called Hunan, where a young man named Arthur lived with his dark face, green eyes and innocent look. He was also very popular in the city. Arthur did not believe in love matters because he thought he was not going to find someone who really called his attention.

One day he saw a tall, white and beautiful girl, she had blue eyes and rather long hair. Her name was Alice; when they crossed their sights there was a lot of attraction. Then he looked for a friend to take messages to the young girl, but she was very shy and only thought that no one would notice her and much less that handsome young man.

One day he sent her a note, in which he invited her to take a walk in the city, when she received it, she was very glad to know, for the first time she was calling the attention of a boy, of course she accepted; Arthur went to pick her up on a bridge outside the city; When young Alice was approaching where Arthur was, her heart began to jump with emotion. When she finally arrived he said: - Today you look very beautiful. With those words her face blushed; but she responded with a kiss on the cheek and said: - I thought you would not come! And he replied: do you think it is a game to have invited you?, She replied: No!, but we have only met once, to which Arthur replied: For me it is enough to know that you are beautiful and I fell in love with you from the very first moment I saw you. She hesitated and replied: I also like you very much. Arthur says: - I know that you must seem very hasty, but you have something that fascinates me and inspires me these feelings about you, I confessed, my beautiful lady. Then, she proposed that they walk the bridge and Arthur replied: -It will be an honor my beloved Alice.

And so they did; when they reached the end of the bridge, he proposed that they take a ride in a Gondola. When the boat was moving slowly, those waters flooded with love, he took her hand and said: I am in love with you Alice. But that afternoon soon ended...

After a while, they decided to be together and so they did and had a good time for several weeks, until the two of them had to travel to other cities for a while. Logically, they could not communicate or see each other and this was an agony for the two young lovers. An old friend of Alice told her that Arthur was already back in the city, and her heart began to jump with joy, because he was already close to her, but it was not like that, he already thought differently, because the relationship had cooled off, then, he no longer looked for her, everything happened like that and from that moment, Alice began to realize that she was losing her love little by little, and the most painful thing for her was to know that this was happening so suddenly and that for being so young they took everything as a simple teenagers game.

But she did not lose hope that everything was going to be solved. When they were together they hardly talked, she felt that Arthur was not the same, all this began to get worse when Alice saw Arthur with another girl; the suffering began for her; this girl continued to get closer and closer to Arthur, and therefore soon they were a couple.

The changes that Alice began to experience, were drastic, no longer eating, or sleeping well and just wanted to be in her room crying because she was increasingly depressed by the disappointment so great that Arthur generated, her parents realized that something was happening to her, they tried to help her, but it was impossible for her to tell them what was happening; besides, Alice was a victim of teasing in the street, because everyone knew about Arthur's deception and sudden contempt; she only thought that he had never really loved her, as he had told her that day. She thought about everything, why could he change in such a short time? and believed that everything had been a lie of a young, immature and cruel man.

One day, Arthur looked for Alice to make everything clear, knowing that all this was going to destroy even more his feelings, they spoke; and every word that came from Arthur's lips was a knife that stuck in the young Alice's chest; and she only answered him with tears in her eyes; not to worry, that this relationship had not worked and that he was free to decide what he wanted.

TRUE LOVE

LA AUTORA

Stephania Rendón Caro

Enfermería

stephania.rendon@ucm.edu.co

Years went by for these two young people and each one took a different course, since Alice left the city and he stayed finishing his studies. They did not see each other again, nor know each other for a long time.

A long time later Alice was working in another place, when suddenly she remembered him and decided to call him. Arthur's mother answered, she passed him on the phone, but Alice was very sad because he didn't even remember her anymore, he didn't recognize her voice and he thought it was another woman. After a while he recognized her and was surprised because he never imagined that she would call him again. After talking for a while, they agreed to see each other to talk and know each other again.

The moment they came together, they were very really different, but they realized that it still existed and there was a true love between them and he apologized for all the past mistakes. The two knew that it was a great mistake to have separated for so long, on the side of Arthur, he admitted that he made a serious mistake because he did not only walk away but also got another person, thus hurting Alice's heart. He promised never to hurt her again. At that moment, they realized that they were made for each other.

THE END



El éxodo aquel día comenzó.

El paisaje era trastornado y oscuro; todos salíamos de entre la maleza, no estábamos muy seguros de lo que estaba sucediendo, solamente escuchábamos ráfagas de viento y grandes gotas de agua que se acercaban.

Los más fuertes y rápidos abrían camino, ellas animaban a sus hijos e hijas a seguir el paso de los que iban en la delantera, la tormenta era muy fuerte, el agua continuaba por los cauces a raudales, muchos de ellos sucumbieron al desastre; tres de muchos salimos a un sitio donde nos encontrábamos seguros de todo el mal que el agua había traído consigo.

Yo, Fabio “El pelos locos” como todos me decían, Augusto y Reina, fuimos los que continuamos el recorrido para salvar nuestras vidas y por impulso encontrar a nuestros familiares que se hallaban a algunos kilómetros desde aquel sitio.

Salimos al claro y divisamos grandes extensiones de asfalto, por momentos en ese lugar pasaban vendavales que nos despeinaban y marcaban con agua nuestros cuerpos, pero a pesar de ello decidimos seguir por la senda.

Con nuevos aires y a pesar de la tristeza de haber dejado en el recorrido a muchos de los nuestros, me ofrecí para ser el líder de la expedición y yo sería quien diera algunas explicaciones para llegar a salvo a nuestro destino.

—¡Es el momento! Movámonos lo más rápido que podamos, llegaremos hasta ese peñasco que se encuentra justo en frente nuestro —les dije—.

Iniciamos la travesía hacia esa roca donde nos podríamos resguardar, escuchamos muchas voces y algunos jadeos de personas que venían hacia nosotros. Grité desesperado:

—¡Cuidado se acercan, acurrúquense, será más fácil!

Los tres mirábamos grandes aros gigantes que pasaban por el lado de nuestros cuerpos. Reina no podía creer que nos hubiésemos salvado de tal estampida y nos abrazó fuertemente a los dos. Augusto abrió los ojos y miró a unos pocos pasos la roca, que sería nuestra primera oportunidad hacia nuestra salvación.

—Desplacémonos rápido, falta un poco más —dijo Augusto algo agitado—.

El próximo paso que él diera sería el último, ya que uno de esos objetos negros, este un poco más ancho que los anteriores que pasaban por esta vía, se lo llevaría en sus garras.

—¡No puede ser! ¡Augusto desapareció, no podremos hacerlo! —me expresó Reina muy acongojada—.

—No te preocupes, por ahora aquí estamos a salvo —le comenté—. Echaré un vistazo y propondré un plan para continuar.

Observé con curiosidad a lo lejos una montaña naranja con visos color plata, la cual nos serviría como refugio en la segunda etapa. Bajé de la roca y convencí a mi amiga de que la única forma como llegaríamos al otro lado sería escalando el montículo naranja que se observaba a algunos metros.

—Está bien, yo te seguiré, pero tengo una idea —me dijo Reina—.

La escuché con atención.

—Cuando pase la ráfaga de viento será el momento de salir de la roca. Nos abrazamos, saltamos y echamos a rodar. Así nos ahorraremos mucho tiempo y llegaremos a ese punto que sugieres.

UN CAMINO EXTRAÑO

EL AUTOR

Esteban Timarán Martínez
Mestría en Pedagogía
estebantimaranm@yahoo.es

—Está bien, lo haremos así —respondí con incredulidad—.

Fue en ese instante cuando pasó cerca de nosotros un gran golpe de viento como consecuencia de la velocidad de un gran artefacto que rugía y vociferaba ¡foooooo! Con su gran garganta, nos lanzamos y rodamos tanto que quedamos a muy pocos pasos de aquella montaña. Me reincorporé y tomé a Reina de su cintura y la invité enérgicamente a seguir apresuradamente hasta el punto acordado.

—Estamos muy cerca, nos falta poco para llegar, tendremos que hacer un esfuerzo más —le dije—.

Y en ese momento se escucharon voces, sonidos de artefactos metálicos, pasos gigantes que rechinaban en el asfalto y, como por arte de magia la montaña desapareció, quedamos a expensas de que nos vieran y nos hicieran daño. Reina se puso a llorar y presintió que algo extraño, más extraño, nos iba a suceder.

—¿Escuchas, Fabio? Son truenos y se los oye muy cerca —me dijo—.

—Los escucho, pero también escucho un ruido algo más fuerte —le contesté un poco inquieto—.

Acerqué mi oído a la carretera y sentí agua correr, mucha agua.

Apareció de repente un río de agua turbia que nos arrastró ferozmente hacia un sitio llano donde aterrizamos y por suerte salimos de ese remolino sin hacernos ningún daño. El agua continuó su recorrido.

Todavía algo mareados y totalmente empapados nos miramos fijamente a los ojos. Al mismo tiempo pasamos las miradas como haciendo un escaneo por nuestros cuerpos y fluyeron espontáneamente algunas risas. Al rato reíamos como locos. Sin planear aquella última etapa habíamos llegado adonde se encontraban todos nuestros amigos y familiares los gusanos.

Aquel día fui el gusano peludo más afortunado del mundo, terminé de pasar aquella asfáltica carretera con éxito y me enamoré de la gusana más fantástica del lugar.



Esta vez lo volví a encontrar. A primera vista parece que lo de asemejarse a Mic Jaegger era un cliché. Ahora usa ropa formal y bigote a la manera de D'Artagnan o Dalí. Una parodia de sí mismo. Las canas y las arrugas lo acorralan, pero es obvio que es otra la causa de su cambio.

El que conocí era diferente. Aparecía dos veces por semana en su moto de alto cilindraje, con chaqueta negra de cuero y gafas Ray Ban a lo piloto de avión. En nada se parecía a un profesor de literatura, pero así me acostumbré a verlo. Muy rápido descubrí su pasión por The Doors y Pink Floyd. De su afición por la astronomía supe después. También de sus libros de poesía —tres en total— y de su primer lugar en el Premio Americano de Traducción Poética, por un poema de Emily Dickinson (con el tiempo se supo que era apócrifo y le retiraron el premio).

Un día encontré algunas de sus composiciones en la revista de la universidad. Se las presenté a uno de noveno semestre, que es un cerdo para criticar. Basura refrita, me dijo, eso me suena a Rimbaud y Verlaine. El comentario no me agradó tanto como su novia, que estudia biología y se las da de intelectual por andar con él. Ella fue la que, una tarde después de hacerme el amor, contó que los poemas del profesor estaban dedicados a las tarántulas que fotografiaba por las montañas de Antioquia. También me dijo que, lo único que no se le podía reprochar, era su conocimiento de la literatura norteamericana —en especial Edgar Allan Poe— y la devoción por Georges Bataille. Poe y Bataille son sus dioses, recalcó, al igual que la hierba.

En el manicomio es otro hombre. Al parecer sufre esquizofrenia severa y recibe atención especial por parte del personal médico debido a sus delicados y repetidos estados de alteración nerviosa. Es innegable que se ha construido una vida. Muy de mañana baja del dormitorio vestido con traje formal —pantalón de paño, camisa de seda, zapatos de charol, corbata y gabardina estilo militar— y pide pan de ajo con mantequilla y huevos a la inglesa. Como en West Point, aclara. A muchos les parece divertido que actúe de esa forma. Todo un *gentleman*, dicen las enfermeras. A mí me resulta execrable.

En el tiempo que fue profesor de la universidad era un irreverente. Recuerdo la ocasión en que el consejo académico le asignó la *lectio inauguralis*. El auditorio estaba a reventar. Llegó en *jeans* y camiseta. Tiró los guantes de conducir moto y una capa que traía puesta para resguardarse de la lluvia encima del escritorio. «No esperen que me convierta en santo solo por unas palabras que me pidieron los eclesiásticos», empezó su discurso. La cara del decano era para reírse. A mitad del evento solo quedaban curiosos. Y yo, que disfrutaba de sus locuras.

Me dicen que su costumbre de recitar poemas de Butler Yeats y Francois Villon no la ha perdido. En el manicomio su público son las mujeres más viejas. También lo han sorprendido correteando a las enfermeras y confesando que su deseo es recuperar el don poético perdido a su regreso de Escocia. Como es obvio, nadie le cree porque saben que es un profesor de literatura víctima de sus fantasmas y condenado a la soledad de la demencia. Una sombra del irreverente y locuaz profesor que descretaba con su conocimiento y con sus opiniones sobre la influencia del arte Pop en la cultura contemporánea.

He ocultado al personal del manicomio que lo conozco desde la universidad. Sería degradante. Pensarían que es por defenderlo y no soy de los que regala elogios. Suficiente tenía con los aduladores del grupo de investigación que le lamían las medias después de clase. No me llamaba la atención, solo su talento. Eran sus locuras que ponían de cabeza la universidad. Nadie niega que fuera admirado y respetado. Pero eso es otra cosa. Lo que importa es que lo esperábamos con una fascinación que ninguno despertaba. No sé si él le daba importancia, pero sabíamos que tenía algo para decir. Los otros eran loros sin cerebro. Así sucedió todos los semestres. Todos. Excepto el último.

Cuando publicaron los nombres de los titulares de cátedra, su nombre no apareció. Tampoco se informó sobre las razones de su ausencia. Quizá partió rumbo a Boston para conocer el entorno de Poe, dijo uno de los zalameros del grupo de investigación. Era cierto. Ese era su sueño: conocer la ciudad, la gente y la atmósfera en la que Edgar había adquirido aquella aureola de misterio; ese su temple de poeta maldito, nos decía. Reconozco que dicha hipótesis no resultó descabellada. Sin

MR. POE

EL AUTOR

Miguel Alberto Páez Caro

Esp. Gerencia Educativa
mpaezcaro@gmail.com

embargo, era eso, una hipótesis. Nunca conocimos la explicación de la universidad. Simplemente no regresó. Se tejieron otras teorías: que había adquirido una enfermedad mortal por la picadura de un insecto en la cueva de Los Guácharos, por allá en el Magdalena Medio; que lo había mordido una serpiente venenosa en El Guaico, a donde acostumbraba ir para completar su mapa celeste y avistar las lluvias de estrellas que todos los años le llenaban la mente de fervor por la perfección del universo físico. Nadie se comió esas tonterías.

Hubo mucha basura circulando sobre el tema. Ya antes había sucedido. Me refiero al mito que creaba sobre sí mismo. Aún lo recuerdo. Fue casi al finalizar el tercer semestre, durante un seminario de literatura norteamericana. Era mayo y hacía frío en Medellín. El plan que nos propuso era sobre la necrofilia del loco Poe y su adicción al opio, temas que le apasionaban. Desde la primera clase abandonó el plan. A cambio nos leyó a un tal Ray Bradbury, de quien tenía un viejo libro con anotaciones que parecían tachones de niño de escuela. Su título era *Crónicas marcianas*. Una clase tras otra nos explicó el libro y a través de él toda la literatura norteamericana. Y la universal. Toda. Y la poesía también. Aquel martes de mayo, lluvioso y estragado, lo esperábamos para proseguir el tema, pero no arribó a clase. Al comienzo, cual si fuéramos chicos de colegio, celebramos su ausencia. Luego sentimos una curiosidad cercana al morbo por saber si su final había sido trágico, como él mismo había profetizado. Al día siguiente apareció para la aburridora clase de poesía del Siglo de Oro. Tenía la mejilla derecha inflamada y un gesto desolador como el bicho de *La metamorfosis* de Kafka, un tema al que le había dado martillo en algún curso. Dictó la clase sin aludir a su ausencia ni a su aspecto. Al finalizar la sesión narró lo sucedido. Había salido a la media noche en su moto para uno de los cerros de Medellín en busca de un lugar para ver las estrellas. Subió hasta El Volador, donde instaló su viejo telescopio. Fumó un poco de hierba y se entregó a la contemplación del firmamento paisa. Mientras yacía recostado sobre la maleza, una tarántula trepó hasta su rostro. No temía a las arañas. Así que la dejó cumplir su destino. Aunque la picadura fue leve, le produjo náuseas, mareos y una inflamación en el rostro semejante a la producida por un dolor de muelas. Nada grave, imprevistos de la nada, las estrellas dicen que todavía no es hora, aclaró.

También hablaba de cine. Bueno. De muchas cosas. Y lo hacía con la misma propiedad con la que comentaba a Heidegger o al Marqués de Sade. Nuestra afición por el cine era más bien insignificante. Una mañana lo vimos arribar al salón con un televisor —no más grande que una tostadora— que instaló sobre el escritorio. Nos invitó a rodearlo. Luego de una breve explicación, en que habló de la revolución de las mentes, dijo que se trataba de un filme con mucha *gore*. ¿Mucha qué?, preguntó alguien. El profesor lo miró un poco perturbado y le pidió que prestara atención a la película. Nunca supimos si quiso enseñarnos algo. Lo cierto es que el filme tenía escenas turbulentas y mucha sangre. *Gore*, sexo y violencia. Aunque también buena música. Música que ya habíamos escuchado en algún bar a la salida de la universidad. Cuando concluyó enarboló una apología sobre Roger Waters y la necesidad de que cada uno sea explosivo frente a la cultura, como una molotov. Antes de concluir la clase cargó con su tostadora rumbo a su oficina y nosotros pudimos retornar a nuestra vida.

Casi al final lo visité en su oficina de la universidad. Debía entregar mis avances de investigación. Me hizo seguir y los revisó mientras escuchaba música en los audífonos. Fueron quince o veinte minutos. Eché un vistazo a su guarida. Había muchos libros. Y afiches. En el primero, ubicado detrás de su silla, tenía una foto del firmamento, muy similar a las imágenes que nos enseñaba en clase. El segundo, en el costado derecho, era la foto de una tarántula. El tercero y el cuarto, junto al anaquel donde reposaban los libros, eran de Pink Floyd, su banda favorita. Cuando terminó de revisar las cuartillas del proyecto (algo sobre la influencia de Poe en la literatura policíaca), me recriminó mi falta de rigor y lo fácil que era deducir que yo no leía media página. Antes de salir tuve la intención de ponerle un puño en la cara.

Después de esas tonterías dejé la carrera de literatura y entré a enfermería. Todos los miércoles hago prácticas en el psiquiátrico. No creo que estar aquí sea muy diferente de estar en clase de literatura, pero me siento más seguro viendo la locura desde lejos. Por las prácticas fue que lo volví a encontrar.

Esta tarde me informaron que escapó el fin de semana. Parece que su mujer, una funcionaria de las empresas públicas, volvió cuando él no la esperaba y le echó en cara todo eso de creerse Mr. Poe y vestirse como un poeta de poca monta. La mujer no se había resignado a perderlo, pero su

intervención aceleró el desenlace. Quizá ese era su destino. Convertirse en Edgar Allan Poe y huir en busca de su pasado. Las ancianas extrañan sus poemas. Las enfermeras se sienten un poco más seguras. El personal de salud desocupó su cuarto. Como no tuvieron a nadie más, me entregaron (“usted que tenía tan buena empatía con el profesor”, argumentaron) un cuaderno con apuntes que encontraron en su mesa de noche, con un título espurio: *Método de Composición*. Alegué que no me interesaba porque otro Edgar Allan Poe los había escrito antes que él, y decidieron arrojarlos a la basura. De eso ya han pasado cinco días. Hoy es mi última práctica. Creo que su mito ha muerto. Al menos para mí.



En una tarde azul otoñal donde los paisajes del alma son paisajes infinitos, el panorama iniciaba con el proceso de la transmutación, la estructura blanda de cuerpo segmentado se encontraba pernoctando pasivamente e inmóvil alrededor de quince días atrás, postrada sobre una planta en una bolsa nacarada; no obstante, sentía la necesidad de ver el nuevo mundo. ¿Nuevo? Sí, porque esa existencia lejana del pasado había sido dispar, era pesada, fatigosa, lenta, paulatina, casi insoportable y a su vez de paciencia, resignación, tenacidad y persistencia.

Ahora el renacer metamórfico haría que la vida fuese leve, ligera, etérea, en el aire, venciendo a cada instante la ingravidez del suelo, de vuelos alegres para cumplir una misión que es digna de seres singulares; llevar el néctar al amante lejano, invisible, contribuyendo a la creación de frutos y semillas y con ello a la proliferación de las plantas de las cuales antes se alimentaba. Así fue como surgió de entre pieles sedosas y viscosas, desde la oscuridad hacia la luz, un espécimen lepidóptero de alas con escamas. Mariposa por nombre recibió, gracias a su belleza alada, tapizando aquella tarde azul otoñal de anaranjados y negros colores, se sentía plena en su actual existencia, porque para ella gozar el don del renacer era el más preciado regalo. Pensó para sí —No todos los seres vivos poseen el privilegio de escribir un boceto de su vida y luego reescribirlo, despojándose de las necesidades que le abrumaban, que le afligían y perturbaban, para ahora ser iluminada por la energía desplegada.

Su aparente fragilidad fue llevada muy alta por los cielos a causa de los vientos, aplicando su sofisticado sistema de navegación en el cual iban contempladas la elevación del sol y el análisis de la luz; en ese instante las nubes iniciaron una danza, un movimiento constante bastante fuerte, una furia que parecía bajar del cielo entre grises nubarrones, probablemente se avecinaba una robusta tempestad en la cual sería preciso procurar un refugio rápido y seguro para no sufrir las inclemencias de la impredecible atmósfera.

Voló y revoloteó tan rápido como le fue posible, contra la tenaz corriente de aire, mientras grandes chubascos se desprendían de entre las nubes, tocando el suelo haciendo cada vez más difícil su vuelo, insistió en esconderse tal vez bajo alguna planta frondosa para no dejar humedecer sus alas y proseguir su aleteo libre y sublime. La lluvia severamente cayó inundando cada refugio cerca de la tierra, Mariposa fue perdiendo el equilibrio, la fragilidad le ganó a su fuego oculto que era vida en su interior, la llama que avivaba su existencia fue bañada por una severa tormenta que no tuvo compasión de su gran día de conversión.

BELLEZA ALADA

EL AUTOR

Valentina Agudelo Buitrago

Arquitectura

valentina.agudelo1@gmail.com

CATALOGACIÓN EN LA FUENTE

Este libro es resultado del ejercicio de creación de los imaginarios colectivos generados por estudiantes, docentes, administrativos y graduados entre los años 2016 y 2019, que participaron en la convocatoria del Concurso de Cuento Corto UCM. Dicho ejercicio se crea desde la necesidad de fomentar la escritura al interior de la universidad Católica de Manizales, que como generadora de espacios culturales quiso propiciar un encuentro con la palabra, donde los participantes tuvieran la oportunidad de intercambio de expresiones artísticas y a la vez afianzar la formación integral en la comunidad.

Este documento se da en respuesta al desarrollo del PDI UCM 2018- 2025 Mega N.1: ser reconocida como una comunidad diversa, inclusiva y multicultural que contribuye a una sociedad más justa solidaria y fraterna. Por este motivo la UCM impulsó la edición y publicación de este libro.

AUTORES

Miguel Alberto Páez Caro · Alejandro Ochoa Ladino · Manuela Escobar · John Fredy Henao Arias · Andrés Elías Marín Rodríguez · Miguel Alberto Páez Caro · Stephania Rendón Caro · Esteban Timarán Martínez · Miguel Alberto Páez Caro · Valentina Agudelo Buitrago

